

LA TENTACIÓN DE TENER UN AMANTE

LIC. VERÓNICA KENIGSTEIN

Sexóloga holística

La palabra amante nos remite al amor. Un amante es alguien que ama, que profesa amor. Y en nuestra cultura, en general se llama amante a aquella persona con quien se tiene una relación sexual, que suele estar fuera del matrimonio y con quien no se sostiene un vínculo estable (si no, sería novio/a o esposo/a o pareja). Y entonces me pregunto sobre la connotación del amor sexual, diferenciado del amor emocional.

Una pareja es un espacio de intercambio, de posible crecimiento y de nutrición. Es claro que cuando formamos una pareja no podemos esperar (no tendría sentido) que la otra persona satisfaga todas mis necesidades.

Sin embargo, una de las situaciones que hacen que una pareja sea considerada tal, y vuelvo a remitirme a nuestra cultura, es el hecho de que tengan entre las cosas que los unen, una relación de tipo sexual.

Aunque hay parejas que no están unidas por la sexualidad, sino por otras causas de unión. Y creo que en general, esta suele ser una de las causas por las que surge la necesidad de la búsqueda de un/a otro/a: para compensar necesidades sexuales y/o emocionales.

Las personas se juntan en parejas por diversas razones y con distintos objetivos. Uno de los cuales es tener un vínculo en el cual satisfacer sus necesidades sexuales y

afectivas, sus espacios de placer y disfrute (cuestiones que, cuando la sexualidad es buena, vienen dadas por el sexo).

Sin embargo, me atrevo a aventurar que un amante no se busca. Una persona tiene algunas de sus necesidades insatisfechas dentro de su pareja y al encontrarse con otra que siente o cree que aparentemente puede llenarlas, se da el permiso de abrirse al vínculo sexual con esta otra persona.

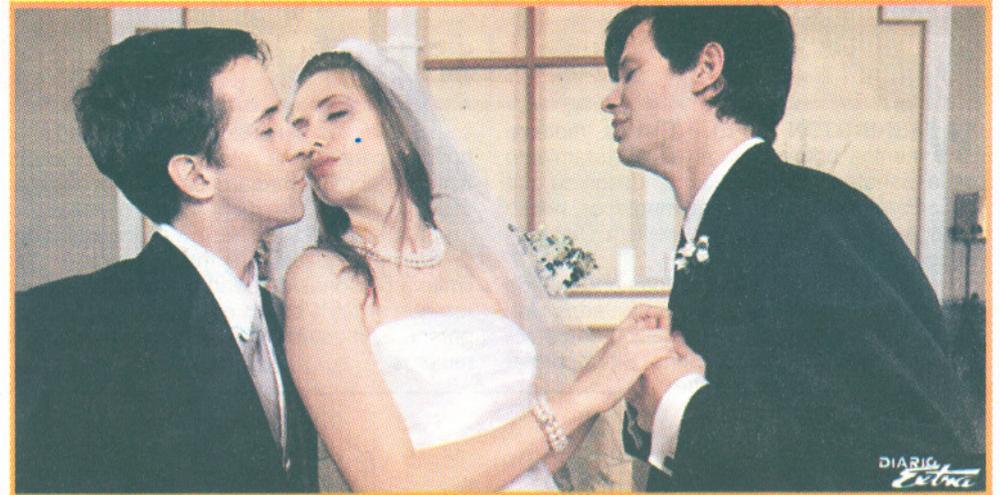
La situación de infidelidad, creo, en general, no es proactiva (uno no sale a buscarse un amante) sino de apertura a experimentar eso nuevo que necesita con otro ser.

Suele suceder que esta nueva relación, precisamente por la novedad, por lo distinto, genere mucha excitación, mucha adrenalina, la sensación de "eso efervescente que estábamos necesitando", en contraposición a la rutina, lo aburrido, quizás hasta lo conflictivo, lo "siempre igual" del vínculo original.

LAS NECESIDADES

Las necesidades que requieren ser satisfechas en general tienen que ver con el sentirse sexualmente atractivo, encontrar espacios y situaciones nuevas de placer y disfrute, una piel nueva, un cuerpo diferente, otro olor, otra energía.

A veces quizás poder salir de un círculo vicioso del conflicto instalado en la pareja (a veces difícil de desarmar) por una comunicación insuficiente y poco efectiva, en la cual no



se expresan abierta y asertivamente las necesidades y los deseos y suelen aparecer reiteradamente los reclamos y los sentimientos negativos en forma de crítica.

Toda esta situación incómoda y difícil de sobrellevar suele conducir a estar abierto/as a encontrarse con otra persona con quien podamos enfrentar estas necesidades de una forma distinta.

También es cierto que al no compartir la cotidianidad, las responsabilidades, la convivencia y tener encuentros destinados casi exclusivamente al placer, se libera un espacio para dedicarse de lleno a éste.

Desde el punto de vista sexual, las parejas habitualmente suelen entrar en patrones repetitivos: hacen siempre las mismas cosas, es generalmente el mismo integrante quien inicia, suelen adoptar las mismas posiciones, seguir los mismos "ritos" y entonces se va creando como un "surco" del que si no somos conscientes, es difícil salir.

Es como si diéramos vueltas una y otra vez sobre un terreno cada vez más seco. Lentamente se va formando un cauce que se hace cada vez más profundo y cuando queremos darnos cuenta, el aire ya está muy por

estable.

Si ese compromiso se quiebra (a menos que sea explícito el hecho de que cualquiera de los dos pueda tener otras relaciones, lo que en la década de los 60 se llamó el matrimonio abierto), el dolor de sentir que la confianza se ha roto es tan grande como para, a veces, impedir que una relación pueda recomponerse.

Hay otras culturas en las que la norma es el desapego emocional (y/o sexual) y en las que es socialmente permitida la experimentación sexual con otras personas.

Pero en la nuestra, como el vínculo sexual es uno de los más íntimos y profundos (aunque actualmente hay como una especie de superficialización del sexo y de la sexualidad y la cultura predominante es el "todo vale, con cualquiera", "toco y me voy", "mientras más mejor"), cuando uno de los dos se da el permiso de intercambiar su energía sexual con otra persona, el otro siente que hay una profunda deslealtad.

Aquí es importante destacar otra diferencia cultural de género. A los hombres les suele resultar más fácil separar el sexo del amor o del afecto. Precisamente por la característi-

encima de la superficie y se requiere un gran esfuerzo para salir de él y empezar otro nuevo recorrido.

Las relaciones de amantes suelen producirse también como forma de encontrar solaz, un oasis frente a los problemas, una situación para intercambiar afecto (o sólo sexo, a veces) sin pensar en otra cosa.

Es decir, la relación original es una que desde algún punto de vista es insatisfactoria y en lugar de movernos adentro para buscar la solución, buscamos afuera aquello que nos alivie del peso.

LOS CONFINES DE LA CULTURA

Sin embargo, uno de los pilares de una relación de pareja, indispensables para que ésta se sostenga con firmeza y solidez es la confianza. En nuestra cultura (nuevamente, no podemos escapar de los confines de la cultura, que nos conforman, con o sin conciencia) la exclusividad sexual es uno de los compromisos explícitos o implícitos que hacemos las personas cuando establecemos una pareja

ca exterior de su genitalidad, fragmentan su ser y su sentir y distribuyen su semilla por el mundo: no sienten este entrar en distintas mujeres como una situación en la que se les "queda pegada" su energía.

Esta sería una concepción casi "animal" de su sexualidad, como los animales que en busca de la perpetuación de la especie diseminan su esencia en muchas hembras, en contraposición a la percepción "humana" de la sexualidad en la cual el intercambio de energía sexuales forma parte de un encuentro más integral y más trascendente a la mera continuidad de la especie.

En cambio, para las mujeres, por la característica "interior" e íntima de su configuración genital, en este intercambio son "penetradas" por la energía del otro.

Y cada hombre con quienes se relacionan sexualmente les deja parte de su esencia y las impregna.

Por eso, en general, a las mujeres nos cuesta más separar el sexo del afecto. Es como si en cada encuentro, entregáramos una parte importante e íntima.